

## II-5 (á)

Versión de Cenizate cantada por Angela Cebrián, de 53 años. Lo cantaban para distraerse durante las faenas de la casa.

Recogida para mi colección por Rosa M<sup>a</sup> Ruiz y M<sup>a</sup> Fe Montea-  
gudo (alumnas de mi mujer) en enero de 1979.

- Ya se publica la guerra, ya se manda publicar,  
2 y al conde Flores lo nombran de capitán general.  
Los ojos de la condesa no cesaban de llorar.  
4 —¿Para cuándo vuelves, conde, para cuándo volverás?  
—Si a los siete años no vuelvo, Carmen, te puedes casar.—  
6 Pasan los seis y los siete, los ocho corriendo van,  
y un día estando en la mesa su padre le empezó a hablar:  
8 —¿Cómo no te casas, Carmen? —Padre, qué me he de casar;  
tengo una carta en mi pecho que don Flores vivo está.  
10 Deme licencia, mi padre, para salirle a buscar.  
—La licencia tienes, hija, mi bendición además.—  
12 Se retiró a su aposento llora que te llorarás,  
quitóse medias de seda, de lana las fue a calzar,  
14 y un brial de seda verde que valía una ciudad,  
y encima del brial puso un hábito de sayal.  
16 Anduvo por cielo y tierra y a nadie hubo de encontrar,  
y al subir a unas montañas gran castillo vio asomar.  
18 La señora alantó el paso por buena hora estar allá,  
y al bajar unas montañas gran vacada fue a encontrar.  
20 —Vaquerito, vaquerito, por la Santa Trinidad,  
¿de quién son tos estas vacas de un mismo hierro y señal?  
22 —Del conde Flores, señora, que en aquel castillo está.  
—El conde Flores su amo, ¿cómo vive por acá?  
24 —Vino rico de la guerra, mañana se va a casar;  
ya han matado las gallinas y están amasando el pan,  
26 los convidados de lejos no cesaban de llegar.  
—Vaquerito, vaquerito, por la Santa Trinidad,  
28 por el camino más corto allá me has de encaminar.—  
Jornada de todo el día en medio la hubo de andar,  
30 y al llegar a aquel castillo con don Flores fue a encontrar:  
—Dame una limosna, conde, por Dios y por caridad.—  
32 Se echa la mano a su bolsillo y una de cinco le da.  
—Oh, qué limosna tan corta pa las que solías dar.  
34 —Qué ojos de romera tienes, que en mi vida he visto tal.  
—¿Todavía no me conoces? Mira si conocerás  
36 el brial de seda verde que me diste al desposar.—  
Cayó redondito al suelo con la mañica abrazá.